



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Facultad de Psicología

La angustia y el cuento infantil: un análisis psicoanalítico

Trabajo Final de Grado

Modalidad: Monografía

Estudiante: Tamara Noemi Izaguirre Rodriguez C.I.: 5.711.627-2

Tutor/a: Asist. Dra. María Estefanía Pagano Artigas

Revisor/a: Gabriela Lilián Bruno Cámares

Montevideo, Uruguay

Julio, 2025

ÍNDICE:

RESUMEN.....	2
INTRODUCCIÓN:.....	3
1. Conceptualizaciones de angustia.....	6
1.1 La teoría de la angustia en la obra de Sigmund Freud.....	6
1.1.1 Primera teoría de la angustia.....	6
1.1.2 Segunda teoría de la angustia.....	10
1.2 Angustia desde Jacques Lacan.....	16
1.3 Aportes de Melanie Klein acerca de la angustia.....	22
2. Literatura infantil y psicoanálisis.....	27
2.1 Freud y la literatura infantil.....	28
2.2. El cuento infantil desde el psicoanálisis.....	29
3. La angustia a la luz de una producción literaria.....	32
4. Consideraciones finales.....	36
5. Referencias bibliográficas.....	39

RESUMEN

La presente monografía, correspondiente al Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Facultad de Psicología, se desarrolló a partir de una revisión bibliográfica y análisis de conceptualizaciones acerca de la angustia, desde la perspectiva de autores clásicos del psicoanálisis como Freud, Lacan y Klein. En este contexto, se enfatizó en el entrecruzamiento entre las teorías psicoanalíticas y las producciones literarias, en particular los cuentos infantiles, a partir del vínculo teórico y conceptual que existe entre Freud y la Literatura. Es importante destacar que muchos son los autores y disciplinas que han reflexionado sobre la literatura infantil, atribuyéndole distintos enfoques. En este sentido, destacamos la amplitud de perspectivas y la multiplicidad bibliográfica existente en torno a la temática, lo que llevó a indagar en la posibilidad del cuento infantil como recurso simbólico para transitar conflictos inconscientes, especialmente la angustia en niños/as. A partir de esta articulación, introducimos un comentario analítico en relación al cuento *Donde viven los monstruos* de Maurice Sendak, seleccionado por su potencial como posible recurso simbólico para pensar cómo las narraciones infantiles podrían ofrecer un espacio donde el niño/a proyecte y elabore angustias.

Palabras clave: angustia, literatura, cuento infantil, niño/a.

INTRODUCCIÓN:

En el presente trabajo final de grado, presentado en formato de monografía, nos propusimos abordar algunas conceptualizaciones relacionadas con el concepto de angustia y un posible recurso simbólico que puede permitir su elaboración, fundamentalmente desde una perspectiva psicoanalítica. Es decir, realizamos un recorrido teórico y proponemos el cuento infantil como recurso simbólico. En este contexto, el presente trabajo se orienta en respuesta de una pregunta central: ¿en qué medida el cuento infantil, en tanto recurso simbólico, favorece la elaboración de la angustia en la infancia?

Este interés por la temática planteada, se fue consolidando a lo largo de la trayectoria por la Licenciatura en Psicología, especialmente durante las prácticas de integral y de graduación, donde el uso de herramientas como el cuento infantil y el contacto con niños/as fue crucial y enriquecedor. Dichas instancias nos permitieron evidenciar la riqueza y el potencial clínico de dichos recursos narrativos.

En este sentido, nos delimitamos a un periodo de la vida en particular; la infancia, entendida por autores clásicos del psicoanálisis –Freud, Lacan y Klein–, como un período crítico en el que se forjan las bases inconscientes del niño/a. Considerada un momento clave en la formación de la personalidad, donde se establecen las bases del psiquismo y se originan conflictos y traumas que pueden influir en la vida adulta. No se ve como una simple fase de desarrollo biológico, sino como un período donde se construyen las estructuras psíquicas fundamentales (Acuña Bermúdez, 2018). Destacamos la importancia que tiene la presencia del cuento infantil en la ya mencionada etapa vital en la que se encuentran los niños/as. Más allá de su carácter lúdico o pedagógico, el cuento posee cualidades que le permiten operar simbólicamente sobre el psiquismo en desarrollo. Los cuentos, a través de su relato narrativo presentan situaciones simbólicas, que permiten a los niños/as tramitar sus conflictos inconscientes (Bettelheim, 1976).

En la actualidad, podría decirse que tanto el juego simbólico como la narrativa infantil se enfrentan a desafíos contemporáneos como la presencia de dispositivos tecnológicos con pantallas que permiten el acceso a internet y la posibilidad de reproducir imágenes, videos, sonidos y textos al mismo tiempo “que atrapan la atención del niño desde su atractivo hiperreal” (Vega, 2022, p. 59). En este escenario, el consumo digital podría llegar a obstaculizar, desplazar o debilitar la función simbólica de la literatura infantil, lo que constituye un posible desafío para quienes trabajan en su promoción y uso clínico o pedagógico. No obstante ante estos cambios socioculturales, la literatura infantil se adapta y evoluciona, y, en algunos casos, se integra a los nuevos formatos digitales –como los libros interactivos, los audiolibros, aplicaciones narrativas, entre otros–. ya que en la actualidad, como advierte Vega (2022) se da una “creciente preferencia por las pantallas, pero, no

obstante, la presencia de un libro físico sigue ocupando un lugar importante en el proceso de aprendizaje infantil caracterizado por la importancia que ocupa lo concreto y sensorial en dicha etapa. El aprendizaje en entornos actuales requiere la equilibrada combinación de recursos concretos y virtuales” (p. 63). En este sentido, consideramos es importante sostener el valor simbólico del cuento infantil incluso en entornos tecnológicos, no solo para instancias de aprendizaje sino también como un recurso que permite resignificar experiencias de la vida cotidiana de los niños/as, posibilitando, por ejemplo la elaboración de angustias, aspecto central de la presente monografía.

En este marco, el cuento sigue constituyendo un recurso muy valioso, ya que involucra la palabra. Cuando es narrada con un ritmo y pausa específicos, se configura una temporalidad narrativa que ofrece un espacio simbólico único. Desde la perspectiva lacaniana, que enfatiza el concepto de la falta como estructurante del sujeto, puede pensarse que el cuento infantil opera a partir de huecos simbólicos que contienen: lo no dicho o lo insinuado en la narrativa, es decir, aquello que no se presenta de forma explícita, pero que convoca a la imaginación y a la elaboración simbólica. Siguiendo con la idea, el cuento podría ofrecer un escenario que permita habilitar tiempos de elaboración simbólica, invitando al lector u oyente –niño/a–, a proyectar, fantasear, representar y elaborar sus conflictos inconscientes. Particularmente en el modo en que el cuento infantil posibilita la elaboración simbólica de la angustia.

A partir de la lectura de autores clásicos del psicoanálisis, se desglosa un marco teórico que recorre diferentes conceptualizaciones sobre la angustia. En primer lugar, para Freud, la angustia puede ser leída como una señal frente a un peligro psíquico, tanto interno como externo, lo que implica que se activen mecanismos de defensa del Yo. Lacan retomó dicho concepto y lo profundizó al vincular la angustia con el objeto a y con el lugar de la falta, situándola como un fenómeno estructurante en la constitución del sujeto. Por último, Klein, destaca el rol importante que tiene la angustia en las primeras posiciones del aparato psíquico, demostrando cómo el niño atraviesa los temores persecutorios y depresivos que marcan la organización del yo inmaduro y su vínculo con los objetos internos.

Posteriormente, se articula este marco teórico con la literatura infantil a partir del vínculo teórico y conceptual que existe entre Freud y la Literatura, con el fin de indagar el modo en que el cuento infantil puede constituirse en un recurso simbólico y posibilitador de la elaboración de conflictos inconscientes, especialmente la angustia. Como ejemplo de dicha articulación, se realiza un comentario analítico del cuento *Donde viven los monstruos* de Maurice Sendak. A pesar de ser una obra literaria del año 1963, fue seleccionado debido a que consideramos se compone por una narrativa accesible para los niños/as, por su potencia simbólica y su capacidad para poner en escena conflictos psíquicos a través de una situación cotidiana de la vida de un niño/a. El cuento presenta al niño Max, quien

atraviesa una disputa con su madre, a raíz de hacer travesuras graves y ser castigado –fue enviado a la cama sin cenar–. Esta situación, desde la perspectiva kleiniana, puede ser entendida como un detonante de conflictos internos que remiten a la rabia, el temor, la soledad, la angustia y finalmente una posible reconciliación con los objetos amados.

En definitiva, presentamos una monografía cargada de contenido teórico atravesada por un tridente fundamental: la infancia, la literatura y el psicoanálisis. A partir de esta articulación, nuestro tema de interés se inscribe en un conflicto inconsciente del ser humano, presente desde el nacimiento y que se manifiesta a lo largo de toda la vida. De allí, destacamos la importancia del contenido de este trabajo. Nos enfocamos en comprender el hecho de angustiarse, y para ilustrarlo, presentamos un ejemplo cotidiano, vivenciado por un niño/a, a través del cuento *Donde viven los monstruos*. En este sentido, invitamos al lector a reconsiderar el valor del cuento infantil y pensarlo como un recurso simbólico valioso para acompañar al niño/a en la elaboración de la angustia, abriendo interrogantes y reflexiones que se profundizan en los apartados siguientes.

1. Conceptualizaciones de angustia

1.1 La teoría de la angustia en la obra de Sigmund Freud

En este apartado se desarrollan los aspectos fundamentales en torno a las conceptualizaciones teóricas freudianas sobre la angustia. Como muchos de los conceptos psicoanalíticos que Freud ha trabajado y desarrollado, lo hizo a lo largo de toda su vida, por tanto le dedicó varios escritos presentes en sus obras, que denotan la evolución de dicho término con el paso del tiempo, siendo común la distinción entre una primera y segunda teoría.

1.1.1 Primera teoría de la angustia

La primera teoría de angustia, se presenta dentro de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, específicamente en la Conferencia 25, titulada “La angustia” dictada por Freud (1917/1992) en la Universidad de Viena. En este apartado de su obra, el autor introduce a la angustia como un “estado afectivo” (Freud, 1917/1992, p. 357), que:

incluye, en primer lugar, determinadas inervaciones motrices o descargas; en segundo lugar, ciertas sensaciones, que son, además, de dos clases: las percepciones de las acciones motrices ocurridas, y las sensaciones directas de placer y displacer que prestan al afecto, como se dice, su tono dominante. (Freud, 1917/1992, p. 360).

A partir de esta distinción, introduce una explicación acerca del afecto de angustia, según lo indicado aparece una impresión temprana que él reproduce en calidad de repetición. En el acto del nacimiento se produce dicho “agrupamiento de sensaciones displacenteras, mociones de descarga y sensaciones corporales que operan como modelo de un peligro mortal y desde entonces es repetido por los sujetos como estado de angustia”. (Freud, 1917/1992, p. 361), por lo tanto, el nacimiento es considerado como la fuente y modelo del afecto de angustia.

Por otra parte, el estado afectivo, se presenta ligado directamente al fenómeno represivo, que actúa como estructurante psíquico de los sujetos. Por ende, el autor plantea en la misma conferencia que la represión es la que da lugar a la angustia como manifestación de libido no tramitado. En esta línea, destacamos el término de represión ya que es uno de los conceptos centrales del psicoanálisis, aparece en los diferentes escritos de Freud desde su primera mención en el artículo *La represión* (Freud, 1915/1992). Posteriormente, utiliza el concepto en la clínica histérica para describir las dolencias psíquicas de sus pacientes, “el enfermo quería olvidar y por eso, adrede los reprimió (desalojó) de su pensar consciente, los

inhibió y sofocó” (Breuer y Freud, 1893/1992, p. 36), en este sentido el mecanismo de represión fue entendido como un mecanismo de defensa del cual se sirve un sujeto para rechazar representaciones, ideas, pensamientos, recuerdos o deseos y mantenerlos en el inconsciente. De acuerdo con la teoría de Freud, en la actualidad el término es dividido en represión primordial, represión propiamente dicha y retorno de lo reprimido, a partir de lo expuesto en “La represión” (Freud, 1915/1992).

Freud va a considerar dos tipos de angustia, primeramente, reconoce la angustia realista, por oposición a lo que sería la angustia neurótica. La angustia realista según Freud (1917/1992) aparece como muy racional y comprensible; la misma se da a nivel consciente y es una reacción frente a la percepción de un peligro exterior, es decir, un daño esperado, previsto; va unido al reflejo de huida, y es lícito ver en ella una manifestación de la pulsión de auto conservación. (p. 358). El reflejo de huida se manifiesta como un accionar frente al reconocimiento de una situación amenazante, por tanto la huida sería la respuesta adecuada que puede llevar a cabo el individuo ante dicha situación. En situaciones como esta, la angustia que se manifiesta, está asociada a la respuesta que da el sujeto frente al factor angustiante, constituyendo así una acción defensiva.

La pulsión de autoconservación tras la amenaza que se presenta, está estrechamente relacionada con las posibilidades de reacción del sujeto ante una situación de peligro, ya que, la conducta adecuada del sujeto frente al peligro es la “evaluación de las propias fuerzas comparadas con la magnitud de la amenaza, y el decidirse, sobre esa base, por lo que prometa un mejor desenlace: si la huida o la defensa” (Freud, 1917/1992, p.359). En este sentido, el sujeto tiene tres opciones; puede huir, permanecer haciendo frente a la situación angustiosa con la esperanza de salir victorioso y así superarla; o en el peor de los casos puede encontrarse inmóvil, paralizado y/o bloqueado ante la imposibilidad de actuar. Además de ello, relacionado con lo anterior es necesario traer las palabras de Freud (1917/1992) para explicar la diferencia entre las concepciones: miedo, terror y angustia:

«angustia» se refiere al estado y prescinde del objeto, mientras que «miedo» dirige la atención justamente al objeto. En cambio, «terror» parece tener un sentido particular, a saber, pone de resalto el efecto de un peligro que no es recibido con apronte angustiado. Así, podría decirse que el hombre se protege del horror mediante la angustia. (Freud, 1917/1992, p. 360).

En relación a la angustia neurótica, también llamada posteriormente por Freud «angustia flotante», puede observarse su carácter inconsciente, el autor plantea que cada vez que esta angustia se manifiesta debe existir algo que la provoca. A diferencia de la angustia realista, se caracteriza por la inexistencia de un peligro real, de tal forma que influye en el juicio del sujeto que tiende a esperar las eventualidades más terribles.

Según Freud (1917/1992), existen tres tipos de angustia neurótica, en primer lugar, encontramos la "angustia expectante" o "expectativa angustiada" (...) "libremente flotante, la misma estará dispuesta a prenderse del contenido de cualquier representación pasajera; condicionando el juicio del sujeto, elige expectativas, acecha la oportunidad de justificarse. Es decir, dentro de la variedad de posibilidades que tiene el sujeto, este optará siempre por la más terrible, interpretando los hechos y acontecimientos que se le presentan como indicio de desgracias" (p. 362). Este tipo de angustia, comúnmente vinculada a ciertos objetos y/o circunstancias, es vivida con diferente grado de intensidad según las particularidades de cada situación, así como también el factor que origina la angustia, lo cual la asocia a lo que se conoce como la "neurosis de angustia".

El segundo tipo de angustia está vinculado fijamente a representaciones determinadas, como las fobias, y se encuentra psíquicamente ligada a objetos o situaciones angustiantes para el sujeto. Se trata de la angustia de las «fobias», que se caracteriza por presentarse de diversas formas y a menudo muy extrañas. (Freud, 1917/1992 p. 363). Lo que resulta llamativo es la intensidad con que es vivenciado este estado, llegando incluso a resultar desmedido y un tanto exagerado; Freud expresa que "lo que nos extraña en estas fobias de los neuróticos no es tanto su contenido como su intensidad." (Freud, 1917/1992, p. 364).

La tercera de las formas que propone el autor, alude a la histeria de angustia, en la cual, a diferencia de las anteriores, "perdemos totalmente de vista el nexo entre la angustia y la amenaza de un peligro" (Freud, 1917/1992, p. 365). En el caso de la histeria, puede manifestarse de forma repentina, aparece acompañada de los síntomas histéricos, o a través de estados emotivos y donde se manifiestan otros afectos diferentes a la angustia. También puede aparecer desligada de cualquier condición, dándose como un ataque de angustia muy incomprensible.

Freud (1895/1992) destaca lo paradigmático de este tipo de angustia, a través de la diferenciación que realiza en relación a neurosis actuales y psiconeurosis. En la primera, ubicamos a la neurosis de angustia, la cual se relaciona al ámbito sexual y la carga libidinal, dado que se caracteriza por la acumulación de excitación sexual que no se descarga de forma correcta y es transformada en angustia, es decir, la angustia ha surgido por mudanza de la tensión sexual acumulada. En palabras de Freud (1894/1992):

en la neurosis de angustia esa mudanza sobreviene; por eso, ahora nos aflora el pensamiento de que ahí se trataría del siguiente descarrilamiento: la tensión física crece, alcanza su valor de umbral con el que puede despertar afecto psíquico, pero por razones cualesquiera el anudamiento psíquico que se le ofrece permanece insuficiente, es imposible llegar a la formación de un afecto sexual porque faltan para ello las condiciones psíquicas: así, la tensión física no ligada psíquicamente se muda en. . . angustia. (p. 232)

La neurosis de angustia puede manifestarse de dos posibles formas: “se puede dar en su forma expectante o en forma de ataques y sus equivalentes” (Freud, 1917/1992, p. 366). En este sentido, las experiencias sexuales del sujeto se viven de manera frustrante gracias a que se da una insuficiencia en la descarga libidinal, la cual se esperaría fuese proporcional al elevado nivel de excitación experimentado. El autor lo llama a esto “excitación frustránea” (Freud, 1917/1992, p. 366); y es considerada la principal causa de neurosis actuales, ya que, se les otorga una problemática donde los antecedentes son desconocidos pero que derivan en cierta sintomatología vinculada a la práctica sexual y no a un evento traumático. Sin embargo, esta concepción fue abandonada por Freud, ya que resultaba insuficiente reducir la angustia a la mera frustración de descarga sexual o libidinal. Por tanto, el autor en primer lugar situará la represión como proceso central, a raíz de que la represión implica el conflicto y no la pura frustración de la descarga sexual. En desarrollos posteriores seguirá articulando la angustia con la represión pero desde un enfoque más complejo que abrirá paso a la segunda teoría de angustia.

En cuanto a la histeria de angustia y la neurosis obsesiva, remiten a cierto conflicto psíquico y las ubicamos dentro de la psiconeurosis. En cuanto a la primera, se presenta frecuentemente “acompañando a los síntomas, pero se exterioriza también, como ataque o como estado crónico, una angustia no ligada” (Freud, 1917/1992, p. 367). En su correlato inconsciente, su expresión puede manifestarse en mociones afines, como la vergüenza, la turbación, la furia o el enojo. En este sentido, a través de las diferentes mociones sustitutas se pueden ver representadas mociones afectivas cuando su contenido fue sometido a la represión, ocurre que el mecanismo represivo opera frente una emergencia pulsional, pero afecta sólo a una parte de la misma. El autor tiempo atrás afirmó que “en la represión se produce un divorcio entre el afecto y su representación, a raíz de lo cual ambos van al encuentro de sus destinos separados” (Freud, 1917/1992, pp. 175–176). En cuanto a la neurosis obsesiva, la acción obsesiva o compulsión que se manifiesta bajo la forma de rituales o ceremonias que el sujeto repite incesantemente, operan con el fin de encubrir y finalmente evitar la angustia. En pocas palabras, la angustia, cuya manifestación es inevitable, viene a ser sustituida, encubierta por la formación del síntoma.

En este punto del desarrollo freudiano, el autor deja en evidencia los aspectos que establecen una distinción entre las neurosis de angustia y las psiconeurosis. Tal como señala Novas (2015), “la neurosis actual ya no tiene sentido porque la neurosis de angustia y las fobias, al igual que la histeria, son psiconeurosis de defensa” (p. 62). Por tanto, el mecanismo represivo juega un papel fundamental en la generación de la angustia, el resultado del mismo “es, o bien un desarrollo de angustia pura, o bien una angustia con formación de síntoma, o bien una formación de síntoma más completa, sin angustia” (Freud, 1917/1992, p. 368). Es a través de este proceso que se demuestra que la angustia surge

como consecuencia de un desvío normal en el desenlace libidinal, estableciendo así la relación entre la angustia y la formación del síntoma como una expresión simbolizada de la misma.

En este sentido, a partir de lo desarrollado hasta el momento, Freud formula su primera teoría en relación a la angustia, sosteniendo que la misma surge a partir de la represión, pero no es simplemente en consecuencia de la misma, sino que constituye un proceso que involucra tanto a la representación pulsional como al afecto que la acompaña. La represión, concebida como un mecanismo destinado a evitar el displacer, no solo opera sobre la representación de la pulsión, sino que deja la energía pulsional parcialmente separada de ella; esta energía, al no encontrar un canal adecuado de descarga, se transforma en afecto, y particularmente en angustia. En palabras del autor “La pulsión es sofocada por completo, de suerte que nada se descubre de ella, o sale a la luz como un afecto coloreado cualitativamente de algún modo, o se muda en angustia” (Freud, 1915/1992, p.148). Lo que evidencia que la angustia es un afecto trasmutado, resultado de que la energía pulsional, separada de su representación, no encuentra un canal de descarga adecuado. Esta concepción marca el centro de la primera teoría freudiana: la angustia no se origina simplemente por la represión de la representación, sino por la transmutación de “las energías psíquicas de las pulsiones en afectos y, muy particularmente, en angustia” (Freud, 1915/1992, p.148), un fenómeno decisivo para evaluar el éxito o el fracaso del proceso represivo. La idea plasmada es central para darle cierre al presente apartado, ya que la misma marcará una tensión en el pensamiento freudiano, incluso en su segunda teoría sobre la angustia, debido a que el autor tendrá dificultades para abandonar por completo esta concepción de que la libido insatisfecha se muda en angustia tras el proceso de represión que separa la representación y el monto de afecto de la pulsión.

1.1.2 Segunda teoría de la angustia

Freud reformula los desarrollos previos en torno a la conceptualización de angustia, dando lugar a la segunda teoría apreciada en los textos de “Inhibición, síntoma y angustia” (1926/1992) y en en la 32ª Conferencia: “Angustia y vida pulsional” (1932/1992).

Allí deja de ubicar a la represión como causa propiamente de la angustia, sino como consecuencia de ésta, en palabras del autor; “No es la represión la que crea a la angustia, sino que la angustia está primero ahí, ¡es la angustia la que crea a la represión!” (Freud, 1932/1992, p. 79). En este sentido, Freud continúa considerando conceptualmente a la angustia como un estado afectivo, de carácter displacentero, el cual activa respuestas fisiológicas, además de implicar acciones de descarga. Señala que el estado de angustia es

“la reproducción de una vivencia que reunió las condiciones para un incremento del estímulo como el señalado y para la descarga por determinadas vías, a raíz de lo cual, también, el displacer de la angustia recibió su carácter específico” (Freud, 1926/1992, p. 126). En cuanto al caso de los seres humanos, sostiene que el nacimiento es el evento que denota una vivencia referencial, donde en el estado de angustia se observa una reproducción del trauma del nacimiento. De tal manera que la angustia se genera frente a un estado de peligro y, a futuro cuando se de un estado similar dicha angustia se reproducirá nuevamente. En este sentido, el autor sigue indagando los vínculos entre angustia y represión, dando por hecho que “una situación pulsional temida se remonta, en el fondo, a una situación de peligro exterior” (Freud, 1932/1992, p. 82), lo que provoca una respuesta a nivel del yo, la misma tiende inevitablemente a la autoconservación ante cualquier amenaza que se presenta, como consecuencia da lugar a una serie de señales cuyo objetivo es provocar la represión ante el displacer vivido por el sujeto.

En el marco de lo desarrollado hasta ahora, la angustia se manifiesta como señal, advirtiendo de una situación de peligro, provocando así la activación de dicho mecanismo represivo. Como señala Freud (1932/1992), “lo temido, el asunto de la angustia, es en cada caso la emergencia de un factor traumático que no puede ser tramitado según la norma del principio de placer” (p. 87). Dicho factor traumático puede provenir tanto del exterior como del interior del sujeto, lo que da lugar a una dualidad que nos conduce a reflexionar sobre el doble carácter inherente a la experiencia de la angustia: “En un caso como consecuencia directa de un factor traumático y en el otro como señal de que amenaza la repetición de un factor así” (Freud, 1932/1992, pp. 87–88). En este punto se evidencia la presencia del Yo¹ como un elemento fundante de la generación de la angustia. Es el yo, precisamente, quien activa el mecanismo represivo. Este aspecto resulta crucial en el viraje teórico que el autor introduce respecto a la angustia y su manifestación en el sujeto.

¿Cómo nos representamos ahora el proceso de una represión bajo el influjo de la angustia? Opino que así: El yo nota que la satisfacción de una exigencia pulsional emergente convocaría una de las bien recordadas situaciones de peligro. Por tanto, esa investidura pulsional debe ser sofocada de algún modo, cancelada, vuelta impotente. Sabemos que el yo desempeña esa tarea cuando es fuerte e incluye en su organización la respectiva moción pulsional. Ahora bien, el caso de la represión es aquel en que la moción pulsional sigue siendo nativa del ello y el yo se siente endeble. Entonces el yo recurre a una técnica

¹ Yo: Instancia psíquica introducida en la segunda tópica freudiana (1923/1992), diferenciada del yo de la primera tópica. Se concibe como una organización que media entre las exigencias pulsionales del ello, los mandatos del superyó y las demandas del mundo externo. Desempeña un papel central en la angustia, especialmente en su función como señal de peligro ante una situación displacentera.

que en el fondo es idéntica a la del pensar normal. (Freud, 1932/1992, pp. 82–83)

Según esta formulación sobre el yo, es este quien actúa como captador de peligro, es decir, es quien identifica, tras la representación de la pulsión que se manifiesta, en busca de su correspondiente descarga, el riesgo que significaba para el sujeto dicha descarga si se llevara a cabo de forma normal². Al anticipar la satisfacción de una moción pulsional dudosa, el yo reconoce la necesidad de suprimir dicha investidura para evitar un alto grado de displacer, activando así el mecanismo represivo. Como contrapartida, propone una conrainvestidura que “se conjuga con la energía de la moción reprimida para la formación de síntoma o es acogida en el interior del yo como formación reactiva” (Freud, 1932/1992, p. 84). En resumen, cuanto más se manifieste la angustia como una señal de displacer, mayor será la respuesta del yo en el desarrollo de mecanismos de defensa equivalentes a lo reprimido. El objetivo de este proceso es aproximarse a la descarga normal de la energía pulsional, aunque sin alcanzarla por completo.

Conectado con la idea anterior, el autor nos introduce la angustia señal como mecanismo mediante el cual el yo es capaz de identificar situaciones de peligro e identificar lo amenazante de las diversas situaciones que atraviesa el sujeto. Esto ocurre en la medida en que el yo remite a experiencias tempranas de carácter traumático, eventos específicos que han dejado una impronta a nivel inconsciente. Dichas huellas sirven como referencia para identificar el peligro y, por lo tanto, el displacer asociado a la descarga ante determinadas situaciones actuales.

En este sentido, puede decirse que la angustia neurótica se ha mudado en la angustia realista ante determinadas situaciones externas de peligro. Este cambio se fundamenta porque juega un papel importante lo amenazante, ya que si bien se encuentra ligado a elementos pulsionales internos, proviene del exterior como una certeza, la cual refleja las experiencias traumáticas que el sujeto ha atravesado.

En las conferencia “Angustia y vida pulsional” (1932/1992), Freud se cuestiona ¿Qué es en verdad lo peligroso, lo temido, en ciertas situaciones de peligro? es el daño que le ocasione en la vida anímica. El nacimiento como arquetipo del estado de angustia raramente puede ser considerado como un daño pero sí puede transigir tal peligro. Lo fundamental es que el mismo provoque, en el vivenciar anímico, un estado de excitación de elevada tensión, sentido como un displacer imposible de dominar de manera eficaz por vía de la descarga.

Freud (1932/1992) denomina factor traumático:

² Normal: Concepto utilizado en la obra freudiana de acuerdo con los parámetros culturales y clínicos de su tiempo, para referirse a aquello considerado típico o esperado en el funcionamiento psíquico. En la actualidad, el término es objeto de revisión crítica por sus connotaciones normativas, estigmatizantes y su potencial uso patologizante.

a un estado así, en qué fracasan los empeños del principio de placer; entonces, a través de la serie angustia neurótica-angustia realista-situación de peligro llegamos a este enunciado simple: lo temido, el asunto de la angustia, es en cada caso la emergencia de un factor traumático que no pueda ser tramitado según la norma del principio de placer. El hecho de estar dotados del principio de placer no nos pone a salvo de daños objetivos, sino sólo de un daño determinado a nuestra economía psíquica. (p. 88)

Únicamente la magnitud de la suma de excitación, convierte a una impresión en un factor traumático, paraliza la operación del principio de placer y le da el significado a la situación de peligro. Los factores traumáticos de este tipo pueden irrumpir en la vida anímica sin estar necesariamente ligados a situaciones de peligro previamente identificadas. En estos casos, la angustia no se provoca como una señal, sino que nacerá como algo nuevo con un fundamento propio. Si bien en algunos casos la angustia es despertada como una señal de una situación anterior de peligro, las formas más primitivas y originarias nacen directamente a raíz del encuentro que tiene el Yo con una exigencia libidinal hipertrófica y provienen de factores traumáticos. Así, la angustia se crea como algo nuevo, siguiendo el arquetipo del nacimiento. Freud señala que lo mismo ocurre en el desarrollo de angustia que se da en la neurosis de angustia, ya no puede afirmar que sea la libido misma la que se muda en angustia. En este punto, establece un origen doble de la angustia: por un lado, como consecuencia directa de un factor traumático; por otro, como señal de que amenaza la repetición de un factor así.

Según lo desarrollado hasta el momento, comprendemos que la angustia deviene como consecuencia directa, y en respuesta, a ciertas vivencias de peligro atravesadas por el sujeto. Y por tanto, volverá a presentarse dicha angustia en medio de que un peligro de similares características aparezca, desencadenando así diversos mecanismos a fin de evitarla. Dichos mecanismos son diferentes formaciones sintomáticas que se presentan como una forma de eludir el desarrollo de la angustia, con el fin de evitar el displacer asociado a su desenlace. En este sentido el Yo se pone de manifiesto como elemento fundante de la angustia, al notar que:

la satisfacción de una exigencia pulsional emergente convocaría una de las bien recordadas situaciones de peligro. Por tanto, esa investidura pulsional debe ser sofocada de algún modo, cancelada, vuelta impotente. Sabemos que el yo desempeña esa tarea cuando es fuerte, e incluye su organización la respectiva moción pulsional. (Freud, 1932/1992, p. 82)

Asimismo “el síntoma es indicio y sustituto de una satisfacción pulsional interceptada, es un resultado del proceso represivo. [...] Mediante la represión, el yo consigue

coartar el devenir consciente de la representación que era la portadora de la moción desagradable” (Freud, 1926/1992, p 87).

Como se mencionó previamente, el acto de nacimiento juega un papel crucial en la teoría de Freud, siendo considerado la primera experiencia traumática vivida por el sujeto y, por lo tanto, la primera vivencia individual de angustia. En este sentido, el individuo al nacer enfrenta su primera situación de peligro; se establece el primer modelo que fundamenta la angustia en relación a la perturbación vivenciada, y es el yo quien registra dicho episodio. El acto de nacimiento, en palabras de Freud (1926/1992): “amenaza un peligro objetivo para la conservación de la vida. Sabemos lo que ello significa en realidad, pero psicológicamente no nos dice nada. El peligro del nacimiento carece aún de todo contenido psíquico” (p. 128). Por otra parte, Freud, a partir de diferentes observaciones y análisis a lo largo de sus diferentes obras —en particular el estudio de las fobias y de casos como el de Hans y el del Hombre de los Lobos—, identifica a la castración como otro de los elementos fundantes de la angustia, en tanto esta se presenta como un peligro para el sujeto, entendiéndose como la pérdida de algo muy valorado.

Freud (1926/1992) afirma:

Esta vez no perdamos de vista el vínculo con la angustia. Dijimos que tan pronto como discierne el peligro de castración, el yo da la señal de angustia e inhibe el proceso de investidura amenazador en el ello; lo hace de una manera que todavía no entendimos, por medio de la instancia placer-displacer. Al mismo tiempo se consuma la formación de la fobia. La angustia de castración recibe otro objeto y una expresión desfigurada {dislocada}: ser mordido por el caballo (ser devorado por el lobo), en vez de ser castrado por el padre. (p. 119)

A partir de la cita anterior, puede argumentarse que la exigencia pulsional no puede ser descargada por su vía adecuada, ya que la posibilidad de castración se constituye como un peligro exterior. A partir de ello se emite la señal para activar el mecanismo represivo, permitiendo que la angustia se haga consciente, aunque solo a través de una desfiguración que viene a ocupar el lugar de la representación desalojada (ser mordido por el caballo y ser devorado por el lobo).

Siguiendo la línea de desarrollo:

El peligro del desvalimiento psíquico se adecua al período de inmadurez del yo, tal como el peligro de la pérdida de objeto a la falta de autonomía de los primeros años de la niñez, el peligro de castración a la fase fálica, y la angustia frente al superyó al período de latencia. (Freud, 1926/1992, p. 134)

A medida que avanza el ciclo vital del niño, este va logrando mayor independencia y surgen nuevas necesidades, las cuales influyen en la percepción de lo peligroso o amenazante, volviéndose más indeterminadas. En este contexto, “la angustia de castración

se desarrolla como angustia de la conciencia moral, como angustia social” (Freud, 1926/1992, p. 132), es decir, como angustia frente al superyó.

En los estudios de Freud (1926/1992) sobre las fobias, se determina que estas surgen a partir de circunstancias que ocasionan un primer ataque de angustia; de esta manera “se proscribire la angustia, pero reaparece toda vez que no se pueda observar una condición protectora” (p. 121). Así, el Yo, ante estas situaciones, puede retirarse completamente de la excitación, provocando el ataque de angustia; puede realizar una conrainvestidura y de esa manera dar paso a una formación de síntoma; o puede realizar una formación reactiva y así evitar el desarrollo de la angustia.

En función de lo expuesto, la segunda teoría de la angustia introduce un viraje fundamental en la concepción freudiana, al situar a la angustia como efecto ante una amenaza percibida por el Yo, y no ya como producto de la represión. Esta angustia, que actúa como señal frente a la posibilidad de repetición de un evento traumático, evidencia el carácter anticipatorio del Yo, cuya función resulta decisiva en la activación de mecanismos defensivos. La emergencia de esta señal se inscribe en un trabajo psíquico complejo, que toma como referencia experiencias fundantes –como el nacimiento o la amenaza de castración– y que se traduce en distintas formaciones sintomáticas, con el objetivo de preservar la economía libidinal del sujeto frente al displacer.

1.2 Angustia desde Jacques Lacan

En este apartado abordaremos la perspectiva de Jacques Lacan, quien dedicó todo un seminario a establecer las coordenadas teórico-clínicas que permitieran estudiar la angustia y además se mencionan otros autores que facilitan la comprensión de la teoría.

Lacan, al momento del abordaje de la angustia da cuenta de una revisión de las conceptualizaciones freudianas y problematiza en base a ellas, a su vez, incorpora nociones que resultan novedosas e incluso hasta controversiales, lo que complejiza aún más el estudio de la angustia en su calidad de afecto.

Remite a la idea de la angustia como señal planteada por Freud en el apartado anterior, pero además le asigna un carácter esencial. Surge la conceptualización del llamado objeto 'a' que se encuentra estrechamente relacionado con la manifestación de la angustia. Además introduce la importancia de la falta, concepto central en el pensamiento lacaniano ya que es la que genera el deseo, pero también es la que posibilita la manifestación de la angustia. Relacionado con la falta, se aborda la idea de castración simbólica.

A partir de lo expuesto en el seminario X: *La Angustia* (1962–1963/2005), Lacan introduce desde sus primeras líneas la noción de angustia aludiendo a la misma como un afecto primordial de gran relevancia en la práctica analítica. Afirma:

el afecto tiene una estrecha relación de estructura con lo que es un sujeto. (...) está desarrumado, va a la deriva. Lo encontramos desplazado, loco, invertido, metabolizado, pero no está reprimido. Lo que está reprimido son los significantes que lo amarran. (Lacan, 1962–1963/2005, p. 23)

En dicho seminario aparece reiteradas veces la idea de que la angustia no es sin objeto, lo cual resulta clave para entender cómo se estructura este fenómeno. En palabras de Lacan (1962–1963/2005), “el aforismo que propuse (...) respecto a la angustia que es no sin objeto” (p. 113), busca desvincular a la angustia de una descripción fenomenológica. Por lo tanto, su “no sin” evidencia la particularidad del objeto, el cual es condicionante para la angustia pero que se enmarca en otro registro, siendo este el punto clave, ya que “es falso decir que la angustia carece de objeto. La angustia tiene otra clase de objeto” (Lacan, 1962–1963/2005, p. 87).

Para Harari (1993), esta afirmación resulta novedosa, ya que Lacan no interpreta la angustia como una reacción frente a algo que no está presente, y subraya que dicha afirmación tampoco implica que la angustia posee objeto, ya que utiliza las palabras “no” y “sin” que dan cuenta de la condición imprecisa y oscura del objeto, lo que significa que el objeto no es obvio ni evidente (p. 41).

En este sentido, el aforismo lacaniano destaca la relación entre la angustia y un objeto, denominado; “objeto a”, construcción teórica fundamental para la obra de Lacan dado que a

partir del mismo son posibles muchas de las articulaciones teórico-clínicas que son desarrolladas a lo largo de su enseñanza.

Según Lacan, el sujeto se constituye como tal en el campo del Otro, pero como resultado del pasaje hacia una existencia simbólica como sujeto, deja algo que queda como insignificante e imaginado. Dicho resto queda en un registro de lo real, es en este real donde se ubica el objeto 'a'. Este último se posiciona como resto que cae de la operación fundante del sujeto, es decir, aparece en la escisión que le permite al individuo constituirse como sujeto en el campo del Otro por obra del significante. Dicha constitución del sujeto "atañe directamente a la angustia, en tanto esta se localiza en los intersticios, en las rajaduras que este proceso constitutivo no puede dejar de provocar" (Harari, 1993, p. 51).

Para comprender esta operación constitutiva del sujeto hay que tener en cuenta que Lacan propone que no puede pensarse si no es a partir de la introducción de un significante, de ese significante simple que incluso antecede al sujeto llamado rasgo unario. Esta idea parte del seminario IX, llamado *La identificación* (1961), donde el autor se propone como objetivo diferenciar la identificación de la unificación, en el proceso se encarga de formalizar el rasgo unario como distinto del significante, permitiendo abordar el fundamento del sujeto en relación a la falta estructural.

En continuidad con la idea, en relación al otro, el sujeto se inscribe como un cociente: "está marcado por el rasgo unario del significante en el campo del Otro"; pero en el sentido de la división se da un resto, un residuo: "ese Otro último, ese irracional, esa prueba y única garantía, a fin de cuentas, de la alteridad del Otro, es el a" (Lacan, 1962–1963/2005, p. 36). En otras palabras, el significante se enuncia por oposición a otro significante; el mismo "no puede definirse sino justamente de no ser todos los otros significantes" (Lacan, 1961, p. 30). El rasgo unario es un trazo particular que tiene la función de soporte del significante: "Mediante el trazo unario el sujeto puede incorporarse como uno en lo real y lo hace por aquello que lo preexiste, el significante" (Harari, 1993, p. 49).

Este concepto; rasgo unitario es tomado por Lacan ya que tiene su origen en los aportes freudianos de "Psicología de las masas y análisis del yo" (Freud, 1921/1992). En este contexto, el sujeto, al enfrentarse a la imposibilidad de poseer el objeto amado, es por medio de la identificación con este rasgo único "Einziger Zug", que le permite convertirse en el objeto. Dicha identificación es regresiva, ya que remite a objetos previamente resignados.

El sujeto se constituye en el campo del Otro como \$, es decir, como sujeto propiamente dicho, siendo barrado por el trazo que proviene del Otro. Para que esta operación se lleve a cabo, es necesario que el Otro también se muestre como barrado y, por lo tanto, deseante. La constitución del sujeto no se limita a la identificación imaginaria con la imagen especular

constitutiva del yo (“moi³”), sino que también interviene la identificación con este trazo que proviene del Otro, constitutivo del yo (“je⁴”) o ideal del yo.

A partir del desarrollo planteado, cabe preguntarse, ¿qué lugar ocupa la angustia en la teoría de Lacan?. En esta línea de pensamiento, identificamos la angustia como fenómeno de borde, idea que parte de la obra de Freud (1923/1992), quien está presente en los aportes lacanianos;

La angustia, nos enseñó Freud, desempeña en relación con algo la función de señal. Yo digo que es una señal en relación con lo que ocurre respecto de la relación del sujeto con el objeto ‘a’ en toda su generalidad. El sujeto sólo puede entrar en esa relación por la vacilación de un cierto *fading*, la designada por su notación mediante una S tachada. La angustia es la señal de ciertos momentos de esta relación. (Lacan, 1962–1963/2005, p. 98)

En este sentido, Lacan a partir del concepto aportado por Freud en relación a la angustia —vista como señal ante un peligro—,habilita repensarlo y propone la angustia como una “manifestación específica en el nivel del deseo del Otro” (Fernandez, 2006, p. 51). Así, la angustia se posiciona como una señal, no solo para el sujeto, sino también del deseo, un deseo que se relaciona directamente con el Otro.

En palabras de Lacan (1962–1963/2005), “la angustia es, pues, término intermedio entre el goce y el deseo, en la medida en que una vez franqueada la angustia, fundado en el tiempo de la angustia, como el deseo se constituye” (p. 190).

Para comprender esto que el autor propone, recurrimos al cuadro de la constitución significante del sujeto.

Figura 1

Constitución significante del sujeto: deseo, angustia y goce

A	S	Goce
a	À	Angustia
§		Deseo

Nota: En el cuadro se representa a la angustia, correlato de lo real, como fenómeno de borde entre el goce y el deseo. Tomado de *El Seminario X* (p. 189), capítulo XIII “Aforismo sobre el amor”, por J. Lacan (1962–1963/2005). Si nos enfocamos en S, entendido como

³ “Moi” (francés) designa el “yo” en tanto imagen de sí, ligada al registro imaginario y a la función especular. En la enseñanza de Lacan, el *moi* se ubica del lado del enunciado, y se relaciona con la forma en que el sujeto se percibe como unidad, constituyéndose a partir del reconocimiento en el otro.

⁴ “Je” (francés) pronombre personal que hace referencia a la primera persona singular. Lacan lo utiliza para dar cuenta de la posición simbólica del sujeto. En otras palabras, el je se asocia con lo inconsciente en el yo.

sujeto mítico del goce, es aquel sujeto previo a la constitución del sujeto, se encuentra sometido al Otro como objeto del goce, dando lugar a un resto irreductible; el objeto 'a'. Desde esta perspectiva, el sujeto en cuestión marca el momento inicial que da lugar al fenómeno de la angustia, actuando como una señal que habilita la aparición del deseo. Este deseo se constituye como una condición esencial para la formación del sujeto barrado (\$).

En base a lo desarrollado hasta el momento, el deseo y el goce se presentan como fenómenos estrechamente relacionados. La angustia se sitúa precisamente en el espacio intermedio entre ambos, actuando como una señal de alerta. Esta aparece cuando la división entre deseo y goce se vuelve borrosa, división que se creía suficientemente diferenciada en la vida psíquica.

Para Lacan la angustia no surge de lo que comúnmente se cree; es decir, no depende de la alternancia entre la presencia y la ausencia del Otro, como se podría suponer en la relación con la madre. La renovación continua de esa alternancia complace al niño, por lo que "la posibilidad de ausencia es eso, la seguridad de la presencia" (Lacan, 1962–1963/2005, p. 64). Esta ausencia genera el deseo, y dicho deseo se ve perturbado cuando no hay posibilidad de falta, lo que provoca angustia en el niño. La falta, entonces, es estructurante del deseo y se mantiene por medio del objeto 'a', que si bien no es completamente propio del sujeto, tampoco le es ajeno. Este objeto permite que el deseo se mantenga en movimiento, y la angustia se desencadena cuando algo ocupa el lugar de la falta, impidiendo el despliegue del deseo.

Lacan (1962–1963/2005) argumenta que:

Lo más angustiante que hay para el niño se produce, precisamente cuando la relación sobre la cual él se instituye, la de la falta que produce deseo, es perturbada, y esta es perturbada al máximo cuando no hay posibilidad de falta, cuando tiene a la madre siempre encima. (p. 64)

En otras palabras, la ausencia de la madre no es lo que genera angustia, sino que es la presencia constante que anula la falta y en consecuencia se puede pensar que falta la falta. Desde una perspectiva psicoanalítica para pensar la falta con relación a la angustia debemos apoyarnos en el concepto de castración, ya que actúa como el marco que delimita y configura el lugar de la falta.

La castración, según Lacan (1957–1958/1999), es entendida como la falta central del deseo. Esta se articula a través de la introducción de la metáfora paterna, la cual se desarrolla cuando se da el comienzo del complejo de Edipo, consiste en "poner al padre, en cuanto símbolo o significante, en lugar de la madre" (Lacan, 1957–1958/1999, p. 186). En consonancia con esta cita, podemos afirmar que la función paterna se establece como pilar fundamental para la estructuración del sujeto, y es por eso que la teoría lacaniana lo denomina bajo el estatuto de la ya mencionada metáfora paterna.

Para la comprensión de la castración desde esta óptica debemos seguir la estructuración que Lacan realiza sobre el Edipo, entendiendo el mismo como un proceso y una secuencia de tiempos lógicos que tiene un efecto estructurante para el sujeto. El autor estructura el entramado edípico en tres grandes tiempos sucesivos que involucran la triada madre-niño-padre:

El primer tiempo, corresponde a la identificación del niño con aquello que según él cree, es el objeto de deseo de su madre, es decir el falo, en su primera y más primitiva consideración. El niño se encuentra en una relación completa con su madre, quedando alienado su propio deseo al deseo del Otro, “el niño le asegura a la madre que puede colmarla, no solo como niño, sino también en cuanto al deseo y por decirlo todo, en cuanto a lo que le falta” (Lacan, 1957–1958/1999, p. 226). Queda incorporada la idea de que tanto el niño como la madre están marcados por la falta, se plantea en este momento una triangulación imaginaria donde el padre no aparece, pero la relación madre e hijo queda mediada por la falta, es decir, el falo. Aun la ley simbólica del padre no se hace presente, este primer tiempo está habitada por la ley simbólica de la madre “esta ley está toda entera en el sujeto que la soporta, a saber, en el buen o el mal querer de la madre, la buena o mala madre” (Lacan, 1957–1958/1999, p. 194). El niño es sometido al capricho del Otro, es decir la ley de la madre.

El segundo tiempo, es cuando aparece la palabra del padre, se da en un registro imaginario a través de la metáfora paterna, como privados (el padre) de la madre y por tanto de su discurso, en este sentido no está privando al niño. La madre ya no tiene el falo a través del hijo, por lo tanto el niño es corrido del lugar metonímico del deseo de la madre, deja de identificarse con el falo, ya que “es despojado, y por su bien, de aquella posición ideal con la que él y la madre podrían satisfacerse” (Lacan, 1957–1958/1999, p. 209). El padre, a través del discurso de la madre, es visto por el niño como rival; se habilita la disyuntiva entre ser o no ser el falo para su madre. Podemos considerar una posible competencia que ubica al padre como agente real de la castración, por tanto es quien soporta la ley. El autor plantea que en este juego gana el que pierde, permitiendo al niño el registro de la primera inscripción de la ley Lacan (1957–1958/1999).

Para finalizar, el tercer tiempo, es del que depende la salida del complejo de Edipo. Se delimita en el tiempo en donde se produce la identificación del niño con su padre que interviene “como el que tiene el falo y no como el que lo es” (Lacan, 1957–1958/1999, p. 119). Esto responde a que el sujeto pueda identificarse con el padre, en tanto ahora se muestra como aquel que permite y autoriza, no como aquel del segundo tiempo que priva.

El sujeto recibe el mensaje “por mediación del don o el permiso concedido a la madre, obtiene a fin de cuentas esto, se le permite tener un pene para más adelante. He aquí lo que realiza efectivamente el declive del Edipo” (Lacan, 1957–1958/1999, p. 211), por lo tanto,

conduce a la configuración del sujeto como un ser deseante, distinto de la madre, que reconoce su propio deseo.

En suma, la propuesta lacaniana permite situar a la angustia como un fenómeno estructural que desborda las concepciones fenomenológicas o adaptativas. Lejos de constituirse como un afecto sin objeto, la angustia se revela como índice del objeto 'a', aquello que irrumpe cuando la falta falla en su función estructurante. En este marco, más que evitarla, se trata de localizar su función en la economía deseante del sujeto y su inscripción en el campo del Otro, donde la castración opera como límite y condición de posibilidad del deseo.

1.3 Aportes de Melanie Klein acerca de la angustia

En el presente apartado se aborda la concepción de la angustia según Melanie Klein, para lo cual se realiza un recorrido por sus diferentes obras retomando sus aportes fundamentales acerca de la angustia. Para la autora se trata de una experiencia temprana y fundante del aparato psíquico, estrechamente ligada a la pulsión de muerte y al modo en que el Yo se enfrenta a sus objetos internos y externos. En este sentido, se exploran sus desarrollos teóricos en torno a las posiciones esquizoparanoide y depresiva.

Antes de detenernos en el tema central del apartado, resulta pertinente comenzar haciendo una breve aclaración respecto a los términos "ansiedad" y "angustia", dado que su uso indistinto puede generar confusiones. Para ello, recurrimos al artículo *Ansiedad, angustia y estrés: tres conceptos a diferenciar* (Sierra, Ortega & Zubeidat, 2003). En este, los autores tienen como principal objetivo diferenciar la angustia de la ansiedad, reconociendo que algunos autores utilizan ambos términos como sinónimos, mientras que otros los diferencian. Esta confusión proviene de una tradición que data del siglo pasado cuando en ocasiones se utilizaban como sinónimos y en otras como vocablos de significados diferenciados.

Sobre este punto, los autores señalan que:

El término alemán Angst, empleado por Freud para referirse a un afecto negativo y una activación fisiológica desagradable, fue traducido al inglés como anxiety, pero en español y en francés tuvo un doble significado, ansiedad y angustia en el primer caso y ansiéte y angoisse en el segundo. (Sierra, Ortega & Zubeidat, 2003, p. 13)

A partir de lo aclarado, en este apartado se emplea el término *angustia*, dado que es más utilizado dentro del campo psicoanalítico y, además al momento de traducir las obras de M. Klein del inglés al español fue usado con más frecuencia.

Klein considera a la angustia como manifestación humana que se da desde el acto de nacimiento y reaparece a lo largo del desarrollo de la vida. La autora hace foco en el primer año de vida del niño, ya que es el periodo de vida en el que distingue dos formas de ansiedad: "la persecutoria, que predomina durante los primeros meses de la vida y es fuente de la "posición esquizo-paranoide", y la depresiva, que culmina alrededor de la mitad del primer año y es fuente de la "posición depresiva" (Klein, 1950, p. 52). Se utiliza el término posición porque no se trata de etapas o fases transitorias del desarrollo, sino de estructuras psíquicas. Aunque estas posiciones surgen en los primeros estadios del desarrollo, no son propias de los mismos. Klein (1932/1987) afirma que "constituyen agrupamientos específicos de ansiedades y defensas que aparecen y reaparecen durante los primeros años de la niñez" (p. 16). En este sentido, cada posición se constituye por particularidades propias de cada etapa y, si bien están descriptas en el primer año de vida, pueden

presentarse en cualquier otro momento de la misma, es decir, “aparecen y reaparecen durante los primeros años de la infancia y, bajo determinadas circunstancias, en la vida ulterior” (Klein, 1932/1987, p. 92), lo que permite comprender cómo estas posiciones no sólo estructuran la infancia, sino que continúan presentes y pueden reactivarse en distintos momentos de la vida adulta.

La autora retoma diversos conceptos fundamentales de la teoría freudiana, aunque introduce un enfoque propio centrado particularmente en las angustias tempranas y sus vicisitudes. En su texto titulado *El psicoanálisis en niños* (1932/1987), Klein afirma que el Yo se encuentra presente desde el comienzo del desarrollo del sujeto, muy condicionado por el afecto de angustia, sobre todo a las situaciones tempranas que las generan.

La reacción de ansiedad ante la libido insatisfecha que planteó Freud, también es una reacción de rabia. Esta provoca una fusión de los impulsos destructivos con los libidinales, que se dirigen hacia el propio organismo, generando un peligro para el Yo. “Es este peligro que el individuo experimenta como ansiedad” (Klein (1932/1987), p. 142).

La angustia, según Klein (1932/1987), se presenta en dos formas: primero, el niño teme ser destruido por estos impulsos destructivos —un “peligro instintivo interno” (p. 143)—; y en segundo lugar, este temor se proyecta hacia un objeto externo, al cual se le destinan sentimientos sádicos. En este sentido, Klein sostiene que dicho temor tiene su base en el conocimiento progresivo que el niño adquiere de la madre como figura que puede satisfacer o retener la gratificación. Así, el “yo inmaduro busca entonces protegerse de estos peligros externos mediante la destrucción de su objeto” (Klein, 1932/1987, p. 144). En la teoría freudiana, el motor principal de la vida psíquica es la pulsión sexual. Sin embargo, en Klein, la angustia ocupa un lugar central, quedando adscrita a la pulsión de muerte. A partir de esta diferencia, Garbarino (2012) señala que para Klein “el motor de la vida psíquica ya no es más la pulsión sexual sino el afecto de la angustia, y esta incluye afectos, pulsiones, objetos, defensas, todo lo cual constituye la fantasía inconsciente” (p. 19). Este enfoque de la ansiedad como un fenómeno relacionado con la pulsión de muerte se refleja también en las dinámicas del Yo, que actúa frente a esta amenaza interna. Como explica Klein en su texto *Envidia y gratitud* (1957/1980), “y es el yo, al servicio del instinto de vida (...) que hasta cierto punto desvía esa amenaza hacia el exterior” (pp. 44–45). Sin embargo, el Yo tiende a disociarse, tanto de sí mismo como de sus objetos, debido a su falta de cohesión en las primeras etapas del desarrollo “y por otra parte porque de este modo constituye una defensa contra la ansiedad primordial, siendo entonces un medio para preservarse” (Klein, 1957/1980, p. 45).

En línea con lo anterior, la ansiedad persecutoria ocupa un lugar central en la posición esquizoparanoide, predominante durante los primeros cuatro o cinco meses posteriores al nacimiento, en los cuales prevalecen los impulsos destructivos. Por tanto, “es normal una

superposición entre estas variadas fuentes tanto de libido como de agresividad” (Klein, 1957/1980, p. 56). En este sentido, Klein afirma que la ansiedad persecutoria surge como consecuencia del nacimiento, y que las experiencias desagradables del feto en la etapa prenatal, junto con el sentimiento de seguridad en el útero, traen consigo “la doble relación con la madre: el pecho bueno y el malo” (Klein, 1957/1980, p. 56).

Durante esta fase del desarrollo, el Yo del niño se encuentra en una etapa temprana y poco integrada. Pero es capaz de emplear mecanismos de defensa como la escisión, proyección e introyección. Estas defensas tempranas, junto con la inmadurez del Yo y la vivencia intensa de angustia persecutoria, constituyen las características que permiten la emergencia de la posición esquizoparanoide.

En este contexto, surge la primera relación del niño con el objeto, llamada relación de objeto parcial que involucra el pecho y a la madre. Por un lado, el pecho es percibido como gratificador porque proporciona alimento; considerado "pecho bueno". Por otro lado se relaciona con un objeto parcial malo, es decir, el “pecho malo”, el niño lo considera así cuando el alimento es retenido, ya que él anhela un pecho inagotable, siempre presente. Klein sostiene que el pecho nutritivo es el primer objeto que el niño envidia, ya que posee todo lo que él desea.

Cuando se priva al niño de lo que necesita, sus impulsos agresivos se intensifican, lo que da lugar a una sensación de voracidad. “Cualquier aumento de la voracidad fortalece los sentimientos de frustración y éstos, a su vez, fortalecen las pulsiones agresivas (...) y esto contribuye a las dificultades del niño para tolerar la privación y manejar la ansiedad” (Klein, 1957/1980, p. 71). En otras palabras, las pulsiones agresivas aumentan generando voracidad lo cual supone un aumento de la frustración que deriva en un aumento de la ansiedad persecutoria y así se activa el mecanismo de la escisión, en el que el "pecho malo" representa el objeto persecutorio, mientras que el "pecho bueno" se convierte en el objeto idealizado.

Según Klein (1957/1980) esta relación entre objeto persecutorio y objeto ideal está asociada a los instintos del niño de vida y muerte, los cuales simbolizan la amenaza de la aniquilación de sí mismo y del objeto debido a los impulsos destructivos. En consecuencia el niño tiene deseos que “implican el anhelo de que el pecho, y luego la madre, supriman estos impulsos destructivos y el dolor de la ansiedad persecutoria” (Klein, 1957/1980, p. 185). Es decir, la madre es colocada como omnipotente, con el fin de impedir el dolor.

En *Introducción a la obra de Melanie Klein* (1965/2003), Segal explica que, según Klein, el Yo proyecta su instinto de muerte en un objeto externo, concretamente el pecho, el cual el Yo siente como malo, originando un sentimiento de persecución. En este sentido, Segal sostiene que "el miedo original al instinto de muerte se transforma en miedo a un perseguidor (...) parte del instinto de muerte que queda en el yo se convierte en agresión y

se dirige contra los perseguidores" (p. 30). Al mismo tiempo el yo proyecta la libido hacia un objeto que satisface la pulsión de vida, lo que da lugar al objeto ideal, quedando el pecho disociado en pecho ideal y persecutorio.

Luego de la posición esquizoparanoide, se establece la posición depresiva. Un cambio fundamental en esta es el paso de la relación de objeto parcial a total. La posición depresiva se encuentra vinculada al desarrollo del yo y es en esta posición donde comienzan a debilitarse los impulsos destructivos y la ansiedad persecutoria de la posición esquizoparanoide. En este sentido, el niño en la posición depresiva logra integrar sus sentimientos: la ambivalencia es ahora vivenciada hacia un objeto total. Surge el conflicto entre amor y odio. El niño es capaz de sintetizar los aspectos buenos y malos de la madre pasando por estados de duelo con sentimientos de culpa, lo que permite un mejor reconocimiento de la realidad psíquica (Klein, 1957/1980).

La autora afirma que cuando el niño comienza a percibir a la madre como un objeto total, surge una ansiedad relacionada con el temor a dañar o destruir el objeto, tanto en su versión interna como externa. Esta ansiedad depresiva está acompañada de culpa, lo que da origen al impulso de reparación: "los sentimientos depresivos y la culpa dan origen al impulso de preservar o hacer revivir el objeto amado, ofreciendo así una reparación por los impulsos y fantasías destructivos. (Klein, 1957/1980, p. 17). Es decir, estos impulsos destructivos ponen en peligro al objeto amado y como ahora la madre es percibida como objeto total, se modifica la identificación del niño con la misma, la madre es percibida como refugio ante los temores persecutorios pero también se la considera expuesta al ataque de los perseguidores internos e, incluso, al propio odio y sadismo del niño.

Segal plantea que se produce un cambio fundamental en las ansiedades del niño a partir de que surgen cambios en la integración del Yo y la relación con el objeto total. En este sentido, la ansiedad depresiva surge de la ambivalencia y se encuentra "motivada por la posibilidad de que la propia agresión aniquile o haya aniquilado al propio objeto bueno. Se la experimenta por el objeto y por el yo que, en identificación con el objeto, se siente amenazado" (Segal, 1965/2003, p. 121).

En esta posición y en relación con el proceso de integración del yo, según Klein (1957/1980), el niño comienza a entender el mundo externo y que la madre no es exclusivamente de su posesión. Es en este punto cuando se introduce el reconocimiento de otras figuras, a quienes el niño podrá amar y servirse de su ayuda para superar el dolor de la pérdida del objeto amado, lo cual supone una mejor integración del yo (pp. 55–58). En relación con este proceso, Klein sostiene que el desarrollo de la relación el Yo con los objetos lleva a la descripción de un complejo de Edipo temprano, enmarcado en que el Yo se encarga de ir construyendo gradualmente defensas adecuadas contra la ansiedad.

Para profundizar en la idea, se recomienda recurrir al texto *El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas* de Klein (1945), donde la autora se propone aislar algunas situaciones de ansiedades tempranas típicas y mostrar su conexión con el edipo, a modo de poder dilucidar la relación entre la posición depresiva y el desarrollo libidinal (p. 372).

Klein (1945) señala que “el temor del niño a la pérdida de sus objetos queridos, como consecuencia de su odio y de su agresión, entra desde un comienzo en sus relaciones de objeto y su complejo edípico” (p. 412). Este fragmento nos permite comprender por qué Klein ubica la posición depresiva infantil como central en el desarrollo temprano. En ella, el niño comienza a experimentar culpa y angustia por el daño que cree haber causado a sus objetos amados. Esto no solo influye en la forma en que el niño vivencia su mundo interno, sino también en cómo se relaciona con los otros en el plano relacional.

En síntesis, la posición depresiva marca un hito en la constitución psíquica, ya que, organiza la vivencia interna, establece los primeros vínculos edípicos y sienta las bases para la constitución de los futuros vínculos y relaciones objetales.

2. Literatura infantil y psicoanálisis

En este apartado, profundizamos en uno de los ejes que articula la presente monografía: el psicoanálisis y la literatura infantil con particular énfasis en los cuentos y su posibilidad para elaborar la angustia en niños a través de procesos de simbolización. Cabe señalar que la relación entre ambas disciplinas puede abordarse desde múltiples perspectivas, por tanto la expuesta en el presente apartado es una de las diversas formas posibles.

El psicoanálisis y la literatura coinciden en el instrumento de trabajo utilizado: la palabra. Es Freud, —uno de los primeros pensadores psicoanalíticos en abordar la creación literaria— que tomó elementos de la literatura —fruto de su gusto literario que demostró a largo de toda su obra— para interpretar e incluso para dar nombre a constructos teóricos que según Casas de Pereda (2006) “son modos de aprehender un real imposible que el mito o la poesía permiten imaginarizar mejor” (p. 103).

Freud a partir de diferentes producciones literarias como una historia, novela, drama o tragedia griega, supo discernir y destacar formaciones del inconsciente y manifestaciones del psiquismo. Estas pueden constituir una de las materias primas de la imaginación que puede expresarse luego en una producción literaria que se sirve del lenguaje. A través de este, también es posible establecer el vínculo con el inconsciente: un lenguaje que, en la literatura, opera como arte, y en el psicoanálisis, como instrumento de observación y curación, configurándose así como otro punto de encuentro entre ambas disciplinas (Hernández Álvarez, 1996).

El cuento infantil es considerado una de las formas literarias más antiguas. Los cuentos poseen una riqueza esencial y un valor indescriptible para el mundo interno del niño/a y su estructuración psíquica. En particular, en lo que a la presente monografía respecta, ofrece un marco simbólico privilegiado para la elaboración psíquica de la angustia, facilitando su representación, su tramitación y su inscripción en el aparato psíquico.

Casas de Pereda retoma una idea de Freud para afirmar que “las artes no nacen para agradar sino para conjurar. El cuento nos conduce de la mano a su objeto, que es el sujeto en plena estructuración: el niño” (Casas de Pereda, 1999, p. 75). A partir de esta perspectiva, los cuentos infantiles desempeñan un papel crucial en el desarrollo emocional y psíquico del niño, facilitando la elaboración de conflictos internos y promoviendo la simbolización.

Asimismo, “las historias que la madre y el padre cuentan a sus hijos son una trama esencial desde donde habla el deseo de los padres; texto que sostiene y habilita el surgimiento del sujeto psíquico, sujeto del inconsciente” (Casas de Pereda, 1999, p. 75). En consecuencia, el cuento se configura como un “presentador”, tanto producto como productor de fantasías,

capaz de alojar y transformar las angustias infantiles mediante recursos simbólicos compartidos.

2.1 Freud y la literatura infantil

Los primeros aportes del psicoanálisis en relación con la literatura infantil surgen alrededor de 1906/1992, cuando Freud publica su ensayo “El creador literario y el fantaseo”. Aunque en este texto no se enfoca específicamente en la infancia, sienta las bases para lo que más adelante se convertiría en un campo fértil para las intervenciones clínicas y teóricas con niños desde el psicoanálisis. Freud destaca la capacidad del niño, en su juego, para crear, pensar y narrar historias. Propone así una analogía entre el niño y el poeta o creador literario, ya que ambos construyen mundos imaginarios como vías de expresión de sus deseos inconscientes. Esta comparación no es meramente estética, sino estructural, ya que revela que los procesos psíquicos involucrados en el juego y en la creación literaria responden a una lógica semejante: “todo niño que juega se comporta como un poeta, pues se crea un mundo propio o, mejor dicho, inserta las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada” (Freud, 1906/1992, p. 127). En este sentido, a través de Freud (1906/1992) entendemos que el niño, al jugar, toma elementos de su vida cotidiana, es decir, incorpora objetos, situaciones y experiencias que conforman su realidad actual y los transforma en algo que le agrada. Pero ¿cómo hace para transformar esa realidad en algo novedoso, diferente, que derive a una experiencia placentera? Es allí donde aparece la fantasía como recurso psíquico fundamental. La noción de fantasía, central en la metapsicología freudiana, se revela como un punto de enlace entre el juego infantil, el deseo inconsciente y la creación artística (Freud, 1906/1992, pp. 127–128).

Acerca de la creación artística, retomamos el planteo de Freud en relación al niño que juega y el poeta o creador literario, ya que el autor afirma que ambos crean un mundo de fantasía, que lo toman en serio, le inyectan afecto profundo, lo vigorizan con materiales de la realidad concreta y, “lo separa tajantemente de la realidad efectiva” (Freud, 1906/1992, p. 128). Cabe señalar que, para el niño, el juego constituye su forma primordial de expresión, ya que a través de él, el niño fantasea, transforma la realidad y realiza sus deseos inconscientes de manera simbólica.

Sin embargo, Freud introduce una diferencia: mientras que el niño manifiesta sus deseos y fantasías en el juego sin conflicto, el adulto —sujeto a las exigencias de la vida cotidiana— sustituye el juego por las fantasías, lo que Freud denomina “sueños diurnos”. Estas fantasías, aunque motivadas por los mismos deseos inconscientes, deben ser encubiertas, ya que el adulto suele sentir vergüenza de ellas por su carácter infantil y no aceptado socialmente (Freud, 1906/1992, p. 128–129). No obstante, como factor común la fantasía

opera como un recurso psíquico que permite tramitar la insatisfacción del sujeto con la realidad. Los deseos insatisfechos en palabras de Freud (1906/1992) “son las fuerzas pulsionales de las fantasías, y cada fantasía singular es un cumplimiento de deseo, una rectificación de la insatisfactoria realidad” (pp. 129–130).

Para crear los cuentos, el artista según Freud (1906//1992) rescata los sueños diurnos como un patrimonio. Ejemplifica esta función de la fantasía a través de la figura del héroe en las novelas, quien, enfrentado a múltiples obstáculos, logra siempre superarlos gracias a su valentía, coraje o buena fortuna, despertando así en el lector sentimientos de admiración y simpatía.

En la práctica psicoanalítica la introducción de cuentos infantiles no formó parte de la técnica freudiana dado que entraba en tensión con la regla fundamental de la asociación libre. Freud (1906/1992) reconoce el valor que tiene para los niños el hecho de pensar y crear historias, por tanto, sus observaciones sobre el juego y la fantasía en la infancia sientan las bases para que posteriormente, autores como Klein (1932/1987) profundicen en el valor terapéutico de los cuentos y las narraciones infantiles no sólo como manifestación simbólica de sus conflictos internos, sino también como una actividad terapéutica y un mecanismo útil para sobrellevar situaciones angustiantes, permitiendo elaborarlas y transformarlas en experiencias más satisfactorias.

El juego, en tanto formación del inconsciente, aparece como una vía privilegiada para comprender las manifestaciones pulsionales en la infancia. Freud no sólo señala el carácter creativo del niño, sino que reconoce en él una forma de elaboración psíquica que, al igual que la del creador literario o poeta, se sostiene en el desplazamiento, la condensación y la figuración de deseos inconscientes. En este sentido, la producción literaria infantil —así como la lectura de cuentos por parte del niño— puede ser pensada como una vía de simbolización, estructurada en torno al principio de placer, que permite tramitar angustias, conflictos y fantasías.

2.2. El cuento infantil desde el psicoanálisis

Desde una perspectiva psicoanalítica, el cuento infantil puede operar como un recurso simbólico que permite la elaboración psíquica de conflictos inconscientes. Freud en “La interpretación de los sueños” (1900/1991), afirma que los relatos oníricos funcionan mediante mecanismos, entre otros, de condensación y desplazamiento, esto también se podría percibir en los cuentos, favoreciendo la simbolización de deseos reprimidos. En esta línea, Bettelheim en *Psicoanálisis en los cuentos de hadas* (1976), se encargó de destacar la importancia de los cuentos infantiles y de resignificar su valor, específicamente en lo que respecta a los cuentos de hadas o también llamados cuentos clásicos. A través de un

análisis detallado de algunos cuentos, Bettelheim (1976) demuestra cómo estas narraciones impactan en la infancia. Según el autor, los cuentos “aportan importantes mensajes al consciente, preconsciente e inconsciente, sea cual sea el nivel de funcionamiento de cada uno en aquel instante” (Bettelheim, 1976, p. 9). En este contexto, el niño/a que disfruta de las obras literarias, puede adjudicar significados según sus necesidades e intereses. Incluso al identificarse con los personajes y las situaciones narradas, encuentra en ellos recursos simbólicos para afrontar sus propios desafíos emocionales; y de ninguna manera el niño/a podría sostener la atención, si las obras literarias carecieran de recurso estético.

Un aspecto clave en la función psíquica del cuento infantil es su capacidad de representar, a través de la fantasía, los conflictos esenciales de su desarrollo. Es decir, el cuento actúa como un posible potenciador de la vida fantasmática del niño/a, habilitando la proyección de sus emociones, temores y deseos. En este sentido, de los cuentos se puede aprender bastante sobre los problemas internos y las posibles formas de solucionarlos (Bettelheim, 1976). Como expone el autor: “el cuento es terapéutico porque el paciente encuentra sus propias soluciones mediante la contemplación de lo que la historia parece aludir sobre él mismo y sobre sus conflictos internos, en aquel momento de su vida” (Bettelheim, 1976, p. 33). Por tanto, los relatos permiten que el niño/a se enfrente a sentimientos de miedo, ira o tristeza sin experimentar una angustia paralizante.

Bettelheim (1976), en su análisis considera que el personaje principal “puede llevar a cabo verdaderos milagros. Al identificarse con él, cualquier niño puede compensar con su fantasía, y a través de la identificación, todos los déficits, reales o imaginarios, de su propio cuerpo” (p. 71). Para que el niño pueda representar sus fantasías e identificarse con el protagonista considerado un héroe, es necesario que el relato se repita tantas veces como lo necesite. Sólo a través de esa repetición, que sucede en la lectura del cuento, el niño podrá asignarle un significado propio al cuento. Este proceso de apropiación simbólica no es menor, ya que permite al niño elaborar afectos intensos, muchas veces inasimilables de forma directa, como la angustia. Es en ese marco que la función del cuento se vuelve terapéutica, en tanto posibilita una elaboración progresiva y contenida de los conflictos inconscientes. Por eso, Bettelheim (1976) advierte que es fundamental que el narrador se tome el tiempo de reflexionar junto al niño sobre lo narrado; de lo contrario, si no se le brinda ese espacio simbólico, “se pierde gran valor significativo” (Bettelheim, 1976, p. 72). Fundamentamos esta idea, a través de una autora contemporánea del psicoanálisis, Pérez (2018), quien retoma un pasaje de *Tres ensayos sobre una teoría sexual* de Freud (1905/1992). En dicho texto, el autor relata el caso de un niño de tres años que, una noche, desde su habitación le habla a su tía: “Tía háblame, tengo miedo de estar en un cuarto tan oscuro. La Tía le contestó: ¿Y qué te importa que te hable? De todas maneras, no me ves. A esto el niño respondió diciendo: No es así, cuando alguien me habla parece que hay luz”

(Freud, 1905/1992, p. 1226). Al comentar esta escena, Pérez (2018) afirma que “cuando alguien habla se hace la luz. Efectivamente de eso se trata. Se trata de dar luz simbólica al niño y con ello bordear el carácter siniestro del silencio, de la oscuridad y de la soledad. Se trata asimismo, desde la palabra del adulto restituirle la palabra al niño” (p. 594).

Desde esta perspectiva, puede afirmarse que el cuento infantil, pensado como relato simbólico sostenido en la palabra del adulto y las repeticiones necesarias –demanda propia del niño/a–, podría considerarse una herramienta que habilita al niño/a a reconocer y transitar sus conflictos inconscientes, como en este caso la angustia, transformándolo en algo que le agrada.

3. La angustia a la luz de una producción literaria

En este apartado se presentará un comentario analítico descriptivo desde la perspectiva psicoanalítica del cuento *Donde viven los monstruos* de Maurice Sendak, publicado en el año 1963. Se pretende abordar el cuento como un posible recurso simbólico, poseedor de cualidades literarias, imaginación y fantasía. En este contexto, el cuento pensado desde su valor inestimable para el mundo interno del niño/a y su estructuración psíquica, podría permitir que el mismo transite y/o elabore vivencias, circunstancias y situaciones propias del desarrollo infantil o que se pueden dar durante la infancia. Entre ellas, la angustia, que constituye el eje central de la presente monografía.

El cuento narra la historia de Max, un niño que convierte su hogar en un lugar ideal para realizar travesuras; se disfraza de lobo, cuelga frazadas con clavos y persigue al perro con un tenedor. De este modo, va causando desorden por la casa, lo que provoca que su madre lo rezongue, le grite que es un monstruo y lo envíen a la cama sin cenar. En respuesta, Max le dice: ¡te voy a comer!

Cuando llega a su cuarto, este comienza a transformarse en un bosque que crece hasta ocupar completamente el entorno, y aparece un océano con un barco en el que Max navega durante un largo viaje, hasta llegar a donde viven los monstruos.

A pesar del aspecto amenazante de los monstruos, el niño Max los enfrentó con un truco mágico y una mirada fija a los ojos, tan poderosa que lo terminan nombrando el rey de todos los monstruos. Como rey, ordena que empiece la fiesta de los monstruos. Y así sucede. Sin embargo, cuando todos jugaban, Max de repente, detiene a todos con un grito: ¡basta ya!, y envía a los monstruos a la cama sin cenar. Posteriormente, Max se sintió solo y deseó estar en un lugar donde hubiera alguien que lo quisiera más que nadie, justamente en ese instante, desde el otro lado del mundo le llega un rico olor a comida, por tanto decide abandonar su reino, a pesar de que los monstruos gritaron que por favor no se vaya, que si no lo comerán e incluso expresan que lo quieren tanto. Aún así Max subió a su barco, les dijo adiós con la mano y emprendió su viaje de regreso, esa misma noche llegó a su habitación donde su cena le estaba esperando, todavía caliente.

A continuación se presenta el comentario analítico de *Donde viven los monstruos*, enfocado en tres momentos del cuento que consideramos especialmente relevantes, y basado en el marco teórico previamente trabajado, con especial énfasis en los aportes de Klein, acompañado por referencias de Freud.

El comentario analítico se complementa con una sutil atención en los detalles ilustrativos, la forma en la que se redacta y el contenido simbólico que estructura *Donde viven los monstruos*, obra que se caracteriza por su contenido propicio para un análisis desde el

psicoanálisis, ya que permite pensar diversos elementos simbólicos que remiten a mecanismos de defensa, fantasías y la elaboración de la angustia en la infancia.

El primer momento del cuento, está delimitado temporalmente en la noche que Max comenzó a hacer travesuras disfrazado de lobo, que podrían interpretarse como una posible intensificación de impulsos pulsionales y agresivos a través del juego. Este consiste en colgar frazadas con clavos y correr al perro con un tenedor, acciones que podrían ser vistas como una transgresión de los límites del orden familiar de Max, motivo por el cual lo mandaron a la cama sin cenar.

Entendemos esa escena en principio como un momento del niño dedicado al jugar, crear y simbolizar, actividad que le produce placer y goce. En este sentido, Freud (1906/1992) indica que el jugar constituye una forma primordial de expresión, ya que a través de él, el niño fantasea, transforma la realidad –“toma elementos de su vida cotidiana (...) y los transforma en algo que le agrada” (Freud, 1906/1992, pp. 127–128)– y realiza sus deseos inconscientes de manera simbólica. En el caso de Max puede pensarse el rezongo como un momento crucial en el que se da una tensión entre el deseo y la ley, lo pulsional y la frustración. Al ser enviado a la cama sin cenar –castigo–, Max se ve obligado a replegarse hacia su mundo interno, lo cual abre paso a lo imaginario. Tal como plantea Freud (1906/1992) tanto el niño como el poeta crean mundos imaginarios como una vía de satisfacción de deseos inconscientes.

Uno de los momentos más significativos de esta primera escena, es cuando Max expresa una frase dirigida a su madre: “¡te voy a comer!”. Desde la teoría de Klein (1932/1987), esta expresión podría ser considerada como una manifestación de impulsos destructivos primitivos que emergen a raíz de la frustración generada por el rezongo de su madre que impone restricciones, es decir, retiene gratificación –hora del juego y alimentación–. Esta idea parte de los dos tipos de angustias planteados por Klein (1932/1987), que ya desarrollamos en el primer apartado de la presente monografía. El segundo tipo de angustia se proyecta hacia un objeto externo que, como en este caso la madre, es percibido como capaz de satisfacer o retener la gratificación. Así, el niño reacciona atacando a dicho objeto para protegerse. En palabras de Klein: “el yo inmaduro busca entonces protegerse de estos peligros externos mediante la destrucción de su objeto” (Klein, 1932/1987, p. 144).

Por otra parte, el segundo momento que nos parece pertinente hacer hincapié para continuar con el presente comentario analítico, se da ya en la habitación, cuando Max despliega su imaginación y navega al mundo donde viven los monstruos, siendo finalmente nombrado rey. En el comienzo de esta situación, visualmente se destaca el gesto de Max, ya que transmite una posible gratificación, al encontrar una vía libidinal que le permite continuar consiguiendo satisfacción, aunque en esta ocasión lo hace a través de sus recursos internos: la imaginación, considerada un escenario psíquico privilegiado. El mundo

imaginario al que llega Max es particularmente interesante si recordamos que antes de ser enviado a su cuarto, su madre le grita: ¡eres un monstruo! Es posible pensar que quizás por esa razón al momento de proyectar sus experiencias vividas como displacenteras elige justamente un mundo lleno de monstruos. Según Klein (1957/1980), el niño es capaz de emplear mecanismos de defensa como la escisión, proyección e introyección. Los monstruos podemos considerarlos producto de la proyección de aspectos temidos del propio niño que no puede integrar: su temor, su agresividad, su enojo, su rebeldía y su “monstruosidad”. Max proyecta esa identificación: “eres un monstruo” en seres externos que en contexto de aspecto lo son, pero aun así, los logra dominar y ejerce el control –idealización–. En este sentido, Max a través de la imaginación puede desplegar dichos mecanismos, de forma que simbólicamente es capaz de expresar y reorganizar su angustia, sin tener que reprimirla.

Otro episodio de interés es cuando Max grita: ¡que empiece la fiesta de los monstruos! ya que de ese modo, una posible lectura es que el niño, recrea situaciones dolorosas o conflictivas en un marco donde puede tener mayor control: “el dominio de los objetos internos persecutorios se logra en parte a través del control simbólico en el juego” (Klein, 1929–1991). Incluso Max, es quien posteriormente detiene el juego y los envía a los monstruos a la cama sin cenar. Una posible interpretación es que, de algún modo encontró esa vía para recrear y simbolizar la escena que le pudo producir angustia. Sin embargo, el momento de goce se ve interrumpido por un sentimiento de vacío: el protagonista “se sintió solo y deseó estar en un lugar donde hubiera alguien que lo quisiera más que nadie” –situación que consideramos marca el tercer momento del cuento–. Ilustrativamente notamos que en el rostro del niño por primera vez se plasma la angustia, ya que si repasamos situaciones anteriores, podemos interpretar que probablemente, Max reaccionó frente a la angustia sin reconocerla plenamente: primero con travesuras y enojo, luego con una huida hacia la imaginación, en la que proyecta sus emociones displacenteras en los monstruos y las domina simbólicamente. Hasta que se da un punto de inflexión, Max ya no necesita dominar a los monstruos, ni reinar su mundo, sino que asume la pérdida del objeto amado, en este punto se abre la posibilidad de cuestionarnos: ¿es su madre el objeto perdido?. De ser así, desde una idea kleiniana consideramos que aparece el deseo de reparación. Max no puede permanecer en la fantasía indefinidamente; la añoranza del amor materno lo convoca al retorno.

El viaje de regreso de Max, acompañado por el grito desesperado de los monstruos —“¡por favor, no te vayas- te comeremos- te queremos tanto!”— puede leerse como una metáfora del reingreso al orden simbólico. La amenaza devoradora de los monstruos se inscribe en el mismo registro de la voracidad pulsional que inicialmente impulsó la delimitada como segundo momento del cuento. Sin embargo, el regreso no anula lo vivido: la experiencia sin

límites imaginarios que ha transitado Max deja sus huellas en el aparato psíquico. El retorno a su cuarto, con la cena aún caliente, sugiere que el vínculo materno se ha restablecido o quizás nunca se ha interrumpido de forma absoluta. No es simplemente un final feliz, sino una resolución simbólica que permite pensar en una elaboración de la angustia.

En suma, Max no solo enfrenta y domina sus temores persecutorios –monstruos– sino que tramita, simboliza y elabora su angustia, demostrando cómo *Donde viven los monstruos*, en su dimensión simbólica, podría operar como herramienta para elaborarla.

4. Consideraciones finales

A lo largo del presente trabajo final de grado, fue central poner el diálogo la infancia, el psicoanálisis y la literatura, para darle respuesta a la pregunta que planteamos en la introducción: ¿En qué medida el cuento infantil, en tanto recurso simbólico, favorece la elaboración de la angustia en la infancia?

La multiplicidad de bibliografía existente en torno a la temática nos permitió trazar una comprensión sólida sobre la angustia, a través de autores como Freud, Lacan y Klein, ya que teorizan la angustia desde distintas perspectivas que se complementan y enriquecen mutuamente. En este sentido, tras recorrer las distintas conceptualizaciones psicoanalíticas sobre la angustia y articularla con la literatura infantil, en particular, a través de un comentario analítico del cuento *Donde viven los monstruos* de Maurice Sendak, tuvimos como objetivo exponer cómo el cuento infantil puede considerarse un recurso simbólico privilegiado, capaz de alojar y procesar conflictos inconscientes del niño/a, entre ellos, la angustia, considerada como una experiencia fundante del aparato psíquico, presente desde el nacimiento y que se manifiesta a lo largo de toda la vida.

El primer apartado, se enmarca en teorizar la angustia. En primer lugar, desde Freud, remarcando su pasaje desde la primera teoría a la segunda, debido a que en un inicio el autor entiende la angustia como consecuencia de la represión, pero posteriormente, la reformula como una señal que advierte al Yo ante un peligro psíquico. La segunda teoría permite pensar a la angustia como una experiencia anticipatoria del *displacer*, con origen tanto en factores internos como externos.

Por otra parte, Lacan complejiza aún más la noción al considerar que la angustia no es sin objeto, situándose en relación con el objeto *a* y la falta. El autor considera que la angustia aparece cuando algo ocupa el lugar de la falta y obstaculiza el deseo. Finalizando el apartado, presentamos las conceptualizaciones de Klein, quien plantea una interpretación centrada en las experiencias tempranas de la infancia, destacando la angustia persecutoria como fundante de la posición esquizoparanoide, mientras que la angustia depresiva actúa como un impulsor de reparación en la etapa posterior. Estas formas de angustia temprana se organizan en torno a los vínculos con los objetos primarios y al funcionamiento del Yo aún inmaduro.

En el segundo apartado, nos dedicamos a profundizar en la posible relación entre literatura infantil y el psicoanálisis, con particular énfasis en la potencialidad del cuento infantil para operar como recurso simbólico en la infancia. Destacamos el valor que tiene la narrativa infantil más allá de su carácter lúdico o pedagógico, con el fin de poder considerar los cuentos como un recurso simbólico capaz de proporcionar una nueva manera de ver el propio entorno del niño/a y, especialmente, un modo en que pueden entender sus propias

conflictos inconscientes. En este sentido, gracias a este apartado, concluimos que el cuento infantil invita al lector u oyente a adentrarse en la imaginación –vista como un escenario psíquico privilegiado–, donde por el simple acto de disfrute de la lectura, se van beneficiando múltiples factores, en nuestro caso es de interés resaltar que contribuye con la maduración y el desarrollo del niño/a, debido a que habilita un espacio muy privilegiado y valioso, donde se puede proyectar, fantasear, representar y elaborar la angustia.

Con el objetivo de ilustrar los desarrollos teóricos previos, y a la luz de una producción literaria, en el tercer apartado nos propusimos realizar un comentario analítico del cuento *Donde viven los monstruos* de Maurice Sendak, elegido por su potencia simbólica y su accesibilidad para niños/as. El viaje de Max nos adentra en una posible metáfora de la angustia infantil: el personaje pasa de la rabia a la huida mediante su imaginación, de la proyección a raíz de ser llamado monstruo al deseo de retorno. Por último, la resolución —cuando en su habitación lo espera la cena aún caliente— concluimos que puede constituir una forma de simbolizar la permanencia del vínculo materno y la posibilidad de reparación. No es simplemente un final feliz, sino una resolución simbólica que permite pensar en una elaboración de la angustia.

En ese sentido, la literatura infantil se reconoce como una herramienta poderosa, que puede ofrecer a los niños/as una nueva forma de ver su entorno y, especialmente, un modo en que puedan entender sus propias emociones. En el presente trabajo no profundizamos ni nos referimos a las emociones, pero la literatura es capaz de representarlas, les pone un rostro, una forma, una voz, lo convierte en algo más agradable y accesible para los niño/as. Tal como pasa en *Donde viven los monstruos*. Es importante la presencia de un adulto que acompañe la lectura y habilite la palabra, el cuento puede ser una vía para que el niño/a pueda tramitar sus conflictos inconscientes. Incluso desde la mirada de Winnicott (1971/1982), que tampoco desarrollamos en el presente trabajo, pero que vale la pena mencionar aquí, el cuento puede pensarse como objeto transicional cultural, es decir, un fenómeno que se sitúa en un espacio intermedio entre la realidad interna y externa, que habilita procesos subjetivos genuinos. Al igual que el juego, este espacio permite al niño relacionarse creativamente con la realidad, posibilitando procesos de simbolización y elaboración subjetiva en un espacio donde fantasía y realidad se entrelazan de manera significativa. El cuento puede ser promocionado como un recurso clínico, educativo y cotidiano para las infancias.

En este sentido, presentamos el cuento infantil, como un recurso simbólico, con cualidades esenciales para atrapar la atención del niño/a y a través de la repetida lectura proporcionar imaginación y palabra a través de lo no dicho, lo insinuado. Por lo tanto, respondemos afirmativamente a la pregunta que nos convoca a este recorrido, el cuento infantil como

recurso simbólico, puede favorecer la elaboración de la angustia en la infancia, permitiendo narrar lo innombrable, contener lo displacentero y abrir la posibilidad de construir sentido.

5. Referencias bibliográficas.

- Acuña Bermudez, E. (2018). *La infancia desde la perspectiva del psicoanálisis: Un breve recorrido por la obra clásica de Freud y Lacan; Klein y los vínculos objetales*. Tempo Psicanalítico.
- Bettelheim, B. (2002). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Crítica, Barcelona.
- Breuer, J., y Freud, S. (1992). *Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. II, pp. 27-45). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1989).
- Casas de Pereda, M. (1999). *En el camino de la simbolización*. Producción del sujeto psíquico. Paidós, Buenos Aires.
- Casas de Pereda, M. (2006). *La Sexualidad Infantil. "Tres ensayos"*. Vigencia y actualización. PsicoanálisiAPdeBA.
- Fernández, M. (2006). *La angustia: Una vía de acceso a lo real*. Intercanvis, Papers de Psicoanàlisi, (17), 47–53.
- Freud, S. (1992). Manuscrito E: ¿Cómo se genera la angustia? En J. L. Echeverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. 1, pp. 228–234). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1894).
- Freud, S. (1991). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. IV, pp 487-501). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900)
- Freud, S. (1992). 25a conferencia. La angustia. Conferencia de introducción al psicoanálisis. Parte III. En J. L. Echeverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. XVI, pp. 357-375). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).
- Freud, S. (1992). "El creador literario y el fantaseo". En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. IX, pp. 128–135). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1906).
- Freud, S. (1992). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. IX, pp. 63–127). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (1992). El Yo y el Ello. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. XIX, pp. 1–66). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1992). 32a Conferencia: angustia y vida pulsional. En J. L. Echeverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. XXII, pp. 75-103). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1932).
- Freud, S. (1992). Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. III, pp. 85-117). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).

- Freud, S. (1992). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Echeverry (Trad.), *Obras Completas* (Vol. XX, pp. 71–164). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- Freud, S. (1992). Tres ensayos de la teoría sexual. En Etcheverry, J. L (Trad.), *Obras completas* (Vol. VII, pp. 109–223). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Hararí, R. (1993). *El Seminario de Lacan: una introducción*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hernández Álvarez, M. V. (1996). *Aproximaciones al texto literario: Influencia del psicoanálisis*. En V. Abad (Ed.), *Actas del V Coloquio de Filología Francesa* (pp. 253–258). Universidad de Murcia.
- Klein, M. (1987). *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1932).
- Klein, M. (1980). *Envidia y gratitud*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1957).
- Lacan, J. (1999). *El seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1957–1958).
- Lacan, J. (1961). La identificación. Inédito. Buenos Aires: Editorial interna de la EFBA.
- Lacan, J. (2005) *La angustia*. El seminario X. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1962–1963).
- Laplanche, J. y Pontalis, J. (2004). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós
- Novas, M. (2015.). *Las actuaciones en la transferencia psicoanalítica en dos servicios de atención psicológica de la UdelaR*. Tesis de maestría. Universidad de la República (Uruguay). Facultad de Psicología.
- Pérez, M. J. (2018). *Literatura infantil frente a las nuevas tecnologías: un abordaje psicoanalítico*. En *Actas del IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, UBA*.
- Segal, H. (2003) *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1965).
- Sendak, M. (2008). *Donde viven los monstruos* (E. Mariño, Trad.). Kalandraka. (Trabajo original publicado en 1963).
- Vega, N. (2022). *Nuevos desafíos al fomento de la lectura y literatura infantil en un entorno de pantallas*. *Revista Paraguaya de Educación a Distancia*
- Winnicott, D. (1982). *Realidad y Juego*. (2a ed.). Barcelona: GEDISA. (Trabajo original publicado en 1971).